

Por: Pragmacio Marichal

Se ha considerado el descubrimiento del Continente Americano como uno de los hechos más importantes de la historia de la humanidad, a pesar de las sugerencias de que hubo pueblos del Viejo Mundo que desembarcaron en América en tiempos prehistóricos.

La mayoría de los estudiosos de la prehistoria concuerdan en admitir que el poblamiento de América se produjo por inmigración; sin embargo, las opiniones están divididas en cuanto al origen de los inmigrantes. Una parte considera que las poblaciones vinieron de diferentes puntos, mientras otros le atribuyen un origen común.

La diferencia entre la llegada de Colón y el desembarco de otros navegantes anteriores a él, consiste en que a partir de la llegada del primero, se creó un camino más seguro entre el Viejo Mundo y América.

Uno de los territorios descubiertos por el Gran Navegante en su primer viaje, es donde actualmente se encuentra una de las ciudades más antiguas del Continente Americano la cual fue bautizada con el mismo nombre que utilizara Colón para denominar la montaña donde termina la Cordillera Septentrional, Monte Christi.

Esta ciudad situada en la falda de la montaña que el Almirante llamara Monte—Christi (actualmente conocida como El Morro), ha sido sede de grandes hechos históricos, entre los cuales podemos señalar la firma del Manifiesto de la Independencia de Cuba, realizada por los libertadores José Martí y Máximo Gómez; también sirve de sede al Instituto Montecristeño de Arqueología (IMA), entidad que en la actualidad trata de reconstruir los hechos prehistóricos de esos territorios que forman la Línea Noroeste de nuestro país.

Por tal motivo, hemos querido presentar un relato completo sobre el primer viaje de Colón por esos lugares, para de esta manera llevar hasta nuestros lectores un enfoque de la situación existente en esa región en tan importante época de la historia.

Los datos que presentamos a continuación fueron tomados del libro titulado Historia de las Indias, de Fray Bartolomé de Las Casas, Tomo 1, capítulos LXIV, LXV y LXVI.

CAPITULO LXIV

Salió miércoles en tierra para se despedir del rey. Comieron juntos. Encomendóle mucho los cristianos que allí dejaba. Prométeselo con señales de mucho amor, mostrando tristeza porque se iba. Hizo hacer el Almirante una escaramuza y tirar tiros de artillería. Abrazó al rey y a los 39 cristianos que dejaba, y todos llorando se despartieron. Hízose a la vela, viernes, a 4 de enero de 1493. Descubrió el cerro que puso por nombre Monte—Christi. Llegó a la isleta que está cabe él; hallo fuego. Vido par allí grandes y graciosas sierras, y descubría mucha tierra, la tierra dentro. Está frontero de las minas de Cibao.

Miércoles, a 2 de enero, salió en tierra para se despedir del rey Guacanagarí y de sus nobles o caciques, para otro día, en el nombre del Señor, se partir. Llevólo el Almirante a comer consigo a la casa donde le había aposentado y a los otros caciques que iban con él; allí le dió una camisa muy rica y le dijo cómo determinaba partirse y que dejaba aquellos cristianos allí para que le acompañasen y sirviesen y defendiesen de los caribes cuando acaeciese venir, porque diz que algunas veces hablaban en ellos; por tanto, que se los encomendaba mucho mirase por ellos, especialmente por Diego de Arana y Pero Gutiérrez y Rodrigo de Escobedo, que dejaba por sus tenientes; y que él vernía presto y le traería de los reyes de Castilla muchas joyas de las que dado le había y de otras más ricas, como vería. El cacique le respondió mostrándole mucho amor y dándole a entender que perdiese cuidado, que él les mandarí a dar de comer y haría servir como hasta allí había hecho, mostrando con esto gran tristeza y sentimiento de su partida.

Dijo allí un privado del rey al Almirante que el rey había enviado ciertas canoas a traer mucho oro para darle, y que había mandado hacer una estatua de oro puro tan grande como el Almirante mismo, y que desde a diez días la habían de traer; todo esto no era desabrido al Almirante ni a los cristianos que lo oían. Todo esto, a vueltas del alegría, le daba dolor por no tener consigo la otra carabela Pinta, con que se fué Martín Alonso Pinzón, y dijo que tuviera por cierto de llevar un tonel de oro porque osara seguir las costas o riberas destas islas, lo que no se atrevía por ser solo, y como arriba dijo, no le acaeciese algún peligro por donde se impidiese la noticia que tanto deseaba dar a los reyes de Castilla, y añude más, que si estuviera cierto que la dicha carabela Pinta llegara a España en salvamento para que diera la dicha noticia, que se atreviera a lo hacer, puesto que aun llegando allá creía que habían de fingir mentiras por excusarse de la pena en que había incurrido que, por haber hecho lo que hizo e impedir los bienes que desta vez se pudieran descubrir y saberse,

merecía, y porque se había hablado de los caribes, so color de que los cristianos los habían de hacer huír, quiso el Almirante a queste día mostrar la fuerza de os cristianos, porque los estimase el rey en más y su gente y les tuviesen temor; para esto hizo hacer una escaramuza a la gante de los navíos que allí tenía con sus armas, y hizo tirar muchos tiros de artillería con mucho regocijo.

Antes que la nao se deshiciese, había hecho asestar una lombarda al costado de la nao, la cual pasó todo el costado de ella, y de la otra parte, muchos pasos, fué la piedra por la mar, de que todos los indios quedaron maravillados y espantados; todo esto hecho, abrazó el Almirante al rey y algunos señores, abrazó a los que dejaba por sus tenientes, abrazó a todos los 39 y los que consigo llevaba a los que quedaban, y así se despidieron con muchas lágrimas los unos y los otros, indios y cristianos, con demasiada tristeza, y así el Almirante con los suyos se fué a embarcar, celebrada desta manera la despedida. No pudo partir el jueves, porque a noche vinieron tres indios, de los que traía de las otras islas, y dijeron que los otros y sus mujeres vernían al salir del sol; no supe cuántos llevó desta isla, pero creo que llevó algunos, y por todos llevó a Castilla 10 ó 12 indios, según refiere la Historia portuguesa, e yo los vide en Sevilla, puesto que no miré ni me acuerdo haberlos contado. Viernes, 4 de enero de 1493 años, saliendo el sol, con la gracia de Dios, mandó levantar anclas con poco viento, con la barca por proa el camino del Norueste, por salir de la restringa y bajos que por allí había, y dice que toda aquella costa se corre Norueste Sueste, y es toda playa y la tierra llana hasta bien cuatro leguas la tierra dentro; después hay montañas muy altas y toda muy poblada de poblaciones muy grandes y buena gente, según se mostraban con los cristianos; esto dice el Almirante y dice verdad, que la tierra es de la manera que dice, aunque la vía desde la mar.

Navegó así al leste, camino de un monte muy alto que le quería parecer isla, pero no lo es, porque diz que tiene participación con tierra muy baja, el cual diz que tiene forma de un alfaneque o tienda de campo muy hermosa, y a este monte puso nombre Monte—Christi (en honor y gloria del hijo de Dios Jesucristo, de quien tantos bienes había recibido), y está justamente al leste, obra de 18 leguas del cabo que llamó Sancto, que quedaba atrás, de la parte del puerto de Navidad creo que cuatro leguas. Este Monte—Christi, como la parte del mar donde está situado, que bate al pie dél el agua, sea toda llana, y de la parte de la tierra también sea llano todo por allí, porque es parte de la gran vega, por cualquier parte, pues, que pasemos, se ve muy eminente, y es de ver cosa cierto hermosísima, y paréceme a mí, yo que lo he visto muchas veces, que es como un montón de trigo, y porque en España llamamos montes a las silvas o lugares que tienen árboles y madera, y fuera de España, como en latín, se llaman montes las que nosotros llamamos sierras, aunque no tengan

arboledas, por eso no se ha de entender que este Monte—Christi tiene árboles, antes es todo lleno de hierba, si quizá no tiene algunos arbolillos pequeños o chiquitos entre la hierba, que no se me acuerdan.

Navegó hoy el Almirante con poco viento, y surgió seis leguas del Monte—Christi en 19 brazas, donde estuvo aquella noche, y da aviso que el que hobiere de ir a la villa de la Navidad, donde dejaba la fortaleza y 39 cristianos, y reconociere al Monte—Christi se debe meter a la mar dos leguas. Cuando el sol quería salir, sábado, 5 de enero, alzó la vela con terral, y aunque con viento después leste, que le era contrario, anduvo aquellas seis leguas, y vido que estaba una isleta cerca del Monte—Christi, por la cual de la parte del Norte al Sueste parecía hacer buen puerto.

Halló por la costa que iba y cerca del monte 17 brazas de fondo y muy limpio todo; entró entre el dicho monte y la isleta, donde halló tres brazas y media con baja mar, y así vido ser muy singular puerto Y allí surgió. Fué con la barca a la isleta, donde halló fuego y rastro de haber estado poco había pescadores; vido allí muchas piedras pintadas de colores o cantera de piedra tales, de labores muy hermosas, diz que para edificios de iglesias o de otras obras reales, como las que halló en la isleta de Sant Salvador, que fué Guanahaní, la primera que descubrió; halló también en esta isleta muchos pies de almácigos, y maravillome que no dice haber hallado sal, porque hay en esta isleta muy buenas salinas; pudo ser que las hobiese apartadas de donde él estaba. Torna repitiendo a decir la hermosura del Monte—Christi e de su altura, puesto que no es muy alto y de muy linda hechura y andable, dice él, y toda la tierra cerca dél es baxa y muy linda campiña, y él queda así, alto, que viéndolo desde lejos, parece isla que no comunique con alguna tierra; dice que toda la tierra de por allí le parecía muy baja y muy hermosa, y lo otro todo tierra muy alta y grandes montañas labradas y hermosas, y dentro de la tierra una sierra del Nordeste al Sueste, la más hermosa que había visto, que le parecía propia como la sierra de Córdoba. Vía también muy lejos otras montañas muy altas hacía el Sur y del Sueste, y muy grandes valles y muy verdes y muy hermosos, y muy muchos ríos de agua, todo esto en tanta cantidad apacible, que no creía encarecerlo la milésima parte de lo que en verdad era; juzgaba que vía de tierras excelentísimas 100 millas.

Quien le diera nuevas dónde estaba, bien es cierto que le diera buenas albricias. Estaba frontero de las minas de Cibao, en el medio de la grande y real vega y en la tierra de las más felices que creo que hay en el mundo; todas las sierras que por allí con su vista alcanzaba eran todas las de Cibao, donde había y hay hoy las riquezas de oro del mundo. Parece que adivinando el día antes, no sé por qué ocasión, dijo

terminantemente que Cipango estaba en aquesta isla, puesto que él imaginaba que el Cipango que traía en su carta o mapa que le había enviado Paulo, físico, de que muchas veces hemos hecho relación, pero basta que era Cibao el que él también ver deseaba. Dice deste puerto de Monte—Christi ser abrigado de todos los vientos, salvo del Norte y del Norueste, los cuales decía que no reinaban por aquella tierra, pero cierto no los había experimentado, porque éstos son los más desatinados y vehementes, impetuosos y bravos que pueden ser en el mundo Y los que más pierden las naos y asuelan estas tierras, como abajo se dirá.

CAPITULO LXV

Salió del Monte—Christi e vieron venir la carabela de Martín Alonso. Tornóse al puerto. Vino en la barca Martín Alonso a se disculpar. Disimuló el Almirante por la necesidad que tenía. Muéstrase la falsedad de los que quisieron detraer de la gloria y marecimiento del Almirante por el descubrimiento destas islas y aplicarlos a sólo Martín Alonso, por el mismo proceso que se hizo entre el fiscal del rey y el Almirante, para lo cual se ponen a la letra algunas preguntas y dichos de los testigos.

Salido el sol, domingo, 6 días de enero, hízose a la vela de aquel puerto de Monte—Christi, con el terral (que por causa del gran río que allí entra, de que luego diremos, sopla de sí fresco viento terral más que en otra parte), y váse la vía del leste o Oriente, porque así va la costa; daba reguardo apartándose de las restringas y bajos de piedra y arena que por allí hay, puesto que dentro delias hay diz que buenos puertos y buenas entradas por sus canales. Duróle la frescura del viento terral hasta mediodía, con el cual anduvo 10 leguas; ventó después viento leste recio, que le daba por la proa; mandó subir un marinero al topo del mástel, donde suele estar la gavia (la cual no debía tener la carabela), para que viese bien los bajos que le estaban por delante, y he aquí vido venir la carabela Pinta de Martín Alonso Pinzón, que venía con viento en popa hacia el Almirante; debiera de haber sabido de los indios de aquella costa cómo estaba el Almirante en la tierra del rey Guacanagarí o que venía ya, y acordó de venir a dar disculpa del apartamiento que hizo.

Visto que venía Martín Alonso y que no había por allí tan seguro surgidero como el del Monte—Christi, acordó volverse a surgir allí, desandando las 10 leguas que había andado, y la carabela Pinta con él. Llegados al Puerto, vino luego Martín Alonso a la carabela Niña a dar disculpa de haberse apartado al Almirante, diciendo que se había partido dél contra su voluntad, y daba razones para ello; pero dice el Almirante que eran todas falsas, sino que con mucha soberbia y cudicia lo había

dejado aquella noche que se apartó dél, y que no sabía de dónde le hobiesen venido las soberbias y deshonestidades que había usado con él aquel viaje, las cuales quiso el Almirante disimular por no dar lugar a las malas obras de Satanás, que deseaba impedir aquel viaje, como hasta entonces había hecho, sino que por dicho de un indio de los que el Almirante le había encomendado, con otros que llevaba en su carabela, el cual le había dicho, que en una isla que se llamaba Baneque había mucho oro, y como tenía el navío ligero e sutil, se quiso apartar e ir por sí dejando al Almirante, pero el Almirante quiso detener y costear la isla Juana y la Española, pues todo era un camino del leste.

Después que Martín Alonso fué a la isla de Baneque y no halló nada de oro, se vino a la costa de la Española, por información de otros indios, que le dijeron que en aquesta isla Española, que nombraban Bohío, había muy gran cantidad de oro y muchas minas; y por esta causa llegó cerca de la villa de Navidad, obra de 15 leguas, ya hacía entonces veinte días; por donde parece que fueron verdaderas las nuevas que los indios daban, por las cuales mandó el rey Guacanagarí ir la canoa y el Almirante el marinero que fué en ella, y debía ser ida la carabela cuando la canoa llegó. Supo luego el Almirante que Martín Alonso y los de su carabela habían rescatado mucho oro, porque por un cabo de agujeta, les daban buenos pedazos de oro, del tamaño de dos dedos y a veces como la mano, de todo lo cual diz que llevaba la mitad Martín Alonso, y la otra mitad se repartía por toda la gente. Es aquí de notar que este Martín Alonso (según arriba en el cap. 23 algo desto dijimos), como era rico y sus hermanos y principales de la Villa de Palos y muy emparentado y había ayudado al despacho del Almirante y los había hecho el Almirante capitanes y dado autoridad y honra, y ellos por sí debían ser hombres de presunción y valerosos, porque las riquezas levantan los corazones, y aun también ciegan de soberbia y ambición los ánimos de los hombres, y el Almirante era extranjero y sin favor, y le hicieron muchas befas e injurias en aquel camino, e la grisqueta quel Martín Alonso hizo de dejar al Almirante, después de venidos a Castilla, publicaron muchas cosas, a lo que parece y yo cierto creo, por lo que sé y he visto en las escrituras que luego diré, muy contrarias de la verdad. Dijeron quel Almirante se quería volver del camino arrepentido y desesperado, si no fuera por ellos que lo animaron, como arriba fué dicho; dijeron quel Martín Alonso había descubierto el oro, y que había enviado canoas con indios a lo buscar, y que si no fuera por esto, que nunca el Almirante viniera ni tocara en la isla Española; lo cual, por todo lo dicho por la probanza o proceso que hizo el fiscal del rey en el pleito que trató con el Almirante D. Diego Colón, primer sucesor del Almirante viejo de quien tratamos, que descubrió estas Indias, en el año 1511 12, cuando se comenzó o andaba el pleito de que abajo se hará más larga mención, parece grandísima falsedad, porque yo he

visto las preguntas del interrogatorio que el fiscal hizo en favor del fisco, las cuales debieron de ser articuladas por aviso de Vicente Yáñez, hermano del mismo Martín Alonso, o del hijo del mismo Martín Alonso, que se llamaba Arias Pérez, que también fué presentado por testigo y depuso muchas cosas en favor de su padre, Martín Alonso, en las cuales es singular, sin que otro testigo compruebe ni diga palabra que concuerde con su dicho, (y en algunas preguntas sólo él fué tomado y no otro alguno); vide también las deposiciones de los otros testigos, en todo lo cual o en muchas partes del dicho proceso, parece haber contradicción de lo que los unos testigos dicen a lo de los otros y se averigua ser muchas ajenas de la verdad. Articuláronse también muchas preguntas que se quedaron desiertas, solas y puras, sin que algún testigo depusiese dellas, y no eran de las menos importantes y claras, que si tuvieran verdad, era imposible no saberlas los que de las ótras deponían, por ser correlativas o anejas y dependientes unas de otras, como es aquella diez y nueve pregunta en el pleito y probanza del fiscal sobre lo del Darién, que se había apartado del Almirante, vista la primera isla que descubrieron, que dijimos llamarse Guanahaní, y que fué a descubrir la Española y la descubrió siete semanas antes que el Almirante, y estuvo el dicho tiempo en el río de Martín Alonso, el cual diz que no volviera a la isla Española si no fuera por industria del dicho Martín Alonso, que lo envió a llamar con canoas o cartas, porque el dicho Almirante diz que se iba a las islas de los lucayos, etc.

Esta contiene dos o tres grandes mentiras y averiguadas, porque como parece en el cap. 41 de arriba, el Martín Alonso no se apartó del Almirante vista la primera isla, sino mucho después de haber descubierto muchas islas de los lucayos y muchos puertos de la isla de Cuba y ya volviendo el Almirante hacia el leste, camino de la Española, y el mismo día, antes que se apartase Martín Alonso, había visto el Almirante las sierras de la isla Española, como allí dijimos; y cierto, quien notare el discurso de todos los capítulos de arriba, bien verá la falsedad desta pregunta, y así quedó desierta sin alguna probanza ni deposición de algún -testigo. La siguiente pregunta, que es en orden la vigésima o veintena, dice estas palabras: “Si saben, etc., que el dicho Martín Alonso, en las dichas siete semanas, entró por la dicha Española adelante a los caciques principales de la tierras y llegó fasta do dicen la Maguana, a casa de Behechio y de Caonabo, por donde anduvo y halló grandes muestras de oro y lo rescató antes que el dicho Almirante D. Cristóbal Colón llegase a la dicha isla“.

Esto dice la pregunta. Depone García Hernández, y dice que la sabe como en ella se contiene, porque este testigo iba con el dicho Martín Alonso e lo vido como se dice en esta pregunta; otro testigo dijo que la sabe como en ella se contiene, porque

lo oyó al dicho Martín Alonso; otro testigo dijo que la sabía porque los marineros la platicaban públicamente; otro testigo, que se llamaba Francisco Vallejo, dijo que sabe que el dicho Martín Alonso estuvo tres días la tierra dentro, después que surgió en el río que puso Martín Alonso e descubrió el dicho oro e que se afirma en lo dicho. Por manera que pudieran dar cient azotes al primer testigo por perjuero, porque afirma las siete semanas andar por la tierra; lo uno, porque estotro dice que tres días; lo segundo, es manifiesto serle imposible ir a las provincias y reinos que dice de Behechio y Caonabo, reyes, porque estaban al cabo de la isla, a la otra mar del Sur, de donde él estaba más de 80 leguas y de grandísimas sierras, que no las anduvieran, ida y venida, en cient días, mayormente habiendo entremedias infinitos señores y reyes y gentes y pueblos y indios, donde asaz se hobieran muchos días de detener, y no fácilmente de entre tantos señores y gentes se habían de descabullir, para lo cual no les bastaran siete meses; (cuanto más, que no fueron siete semanas, sino cuarenta y cinco días, porque a 21 de noviembre le dejó, y a 6 de enero se juntaron, como parece por lo que arriba en el cap. 41 y en este presente se ha visto: y bien había menester todo este tiempo para llegar casi hasta allí, como siempre tuvieron jete, que era y es viento, por allí, contrario; cuanto más que dijo que descubrió siete islas, .lo que tampoco es creíble, si no eran las isletas y bajos de Babueca, que están allí junto del dicho río, donde dice que paró y que llamó de Martín Alonso).

Cierto, si esta probanza se hiciera en las Indias en aquellos tiempos, muchos hobiera que la contradijeran, pero como se hizo en la villa de Palos, donde todos eran marineros, parientes y amigos del Martín Alonso Pinzón, no podía otra cosa de allí salir. Cierto, estas preguntas harto exceso contra la verdad contienen, y cuasi todas, que son muchas, son de la misma manera. He querido declarar estos defectos aquí, porque se sepa la verdad y no se usurpe la honra y gloria que se le debe a quien Dios había elegido y eligió para que con tan grandes trabajos descubriese, haciendo nuevo inventor deste orbe, y porque siempre me des las persecuciones que vide y sentí que injustamente se movían contra este hombre, a quien tanto le debía el mundo.

CAPITULO LXVI

De un poderoso río que sale al Monte—Christi; entró en el con la barca; halló mucho oro en el arena, a su parecer. Partió de Monte-Christi. Vido tres serenas. Llegó al río donde Martín Alonso había estado y rescatado oro y había tomado por fuerza cuatro indios y dos mozas. Mandólas restituir todas el Almirante.

Sale a este puerto de Monte—Christi un poderoso río que se llama Yaquí, que viene por las minas de Cibao, el cual recibe en sí otros muchos y poderosos ríos, todos de mucho oro de Cibao, como abajo se dirá, placiendo a Dios. Saltó el Almirante en la barca de la carabela, y fué al río que estaba una legua buena; halló a la boca del río toda la arena llena de oro, a lo que parecía, puesto que era muy menudo, y era tanto, que dice ser cosa de maravilla; yo bien creo que no era oro, sino margasita que parece oro, porque hay mucha en todos los ríos de Cibao y más en éste, puesto que también podía ser oro, porque estaban entonces todos los ríos desta isla vírgenes, y así dice que halló en poco espacio muchos granos de oro como lentejas, pero de lo muy menudo dice que había mucha cantidad. Hizo subir el río arriba por coger el agua dulce, porque era llena la mar y subía la salada, y volviendo a la carabela, hallaban, metidos por los aros de las pipas y barriles, granitos de oro, por lo cual, puso nombre al río el Río de Oro.

Tiene la boca muy ancha pero baja, y pasada la entrada es muy hondo; dice que es tan grande como Guadalquivir por Córdoba; yo digo que mayor que Guadalquivir por Cantillana y aun por Alcalá del Río, porque lo sé yo muy bien. Había dél adonde dejaba la fortaleza y villa que decía de la Navidad, 17 leguas; dice haber entremedias muchos ríos, y es verdad, en especial tres grandes, donde creía que había mucho más oro. De aquí a las minas de oro estimaba que habría 20 leguas, pero diera albricias a quien le certificara que no había cuatro; estaba frontero, y no cuatro leguas, de las minas de Cibao. Dice más, que no quiso tomar y llevar de aquella arena que tenía tanto oro, pues sus Altezas lo tenían todo en casa y a la puerta de su villa de la Navidad, porque ya no convenía detenerse, sino ir a más andar para llevar las nuevas y por quitarse de mala compañía, porque aquella gente era muy desmandada, en especial Martín Alonso y sus hermanos, y muchos que los seguían con soberbia y cudicia, estimando que todo era suyo, desobedeciéndolo y diciendo y haciendo muchas cosas indebidas contra él, no mirando la honra en que los había puesto a todos tres hermanos.

Tenía por milagro y buena suerte habersele perdido allí la nao, porque creía ser aquel el mejor lugar de la isla para hacer asiento, por ser más cercano a las minas del oro; otros muy mejores halló él después para propósito de las minas, como parecerá, puesto que para poblaciones maravillosas toda la tierra de por allí era y es felicísima. Tuvo nuevas de haber mucho oro en muchas partes que le señalaban los indios; él entendía que eran islas, y podía ser que fuese en esta isla Española, puesto que también debían ser la isla de Sant Juan y la de Jamaica y otras, y según señalaban, hacia el leste o el Oriente, que debían tener nueva de la tierra firme. Miércoles, 9 de enero, levantó las velas con viento Sueste, navegó al lesnordeste,

llegó a una punta que llamó Punta Roja, que está al leste de Monte—Christi 60 millas, donde surgió; todas las tierras que por allí habían eran tierras altas y llanas, muy lindas campiñas y muchas riberas de agua, y a las espaldas dellas, hermosos montes, todos verdes y labrados, que de su hermosura se maravifiaba. Tiene razón, porque aquella tierra que vía era parte de la vega maravillosa, de la cual se dirán después maravillas, (y parte de otra vega muy graciosa que está hacia la costa de la mar). Tomaron tortugas grandes, como grandes rodelas, que venían a desovar en tierra.

Vido el Almirante el día pasado tres serenas, según dice, que salieron bien alto a la mar, pero no eran tan hermosas como las pintan, las cuales en alguna manera tenían forma de hombre en la cara; dijo que otras veces las había visto en la costa de Guinea, donde se coge la manegueta. Partiósese jueves, 10 días de enero, de donde había surgido, y al sol puesto, llegó al puerto donde había estado diez y seis días Martín Alonso rescatando mucho oro que allí hobo, al cual puso nombre Río de Gracia, puesto que no quedó con este nombre, antes se llamó siempre y se llama hoy el Río de Martín Alonso.

Surgió a la boca, porque la entrada no tiene sino dos brazos. Dentro es hondo y buen puerto, salvo que tiene mucha bruzna, de la cual fué muy mal tratada la carabela Pinta de Martín Alonso y por esto hacía mucha agua. Dice aquí el Almirante que desde supo Martín Alonso de los indios que el Almirante ya estaba en la costa desta isla Española, y que ya no lo podía errar, se vino para él. Supo el Almirante de la gente de la carabela que Martín Alonso quisiera que toda la gente jurara que no había estado en el dicho río sino seis días, mas que era cosa tan pública su maldad, que no podía encubrirse; el cual, dice, que tenía hecha ley, que de todo el oro que la gente rescatase o hohiese, le acudiesen con la mitad a él, como queda dicho; y cuando se partió de allí Martín Alonso, tomó cuatro indios hombres y dos mozas por fuerza, pero llegado allí el Almirante, mandóles dar de vestir y ponerles en tierra para que se fuesen a sus casas. Bien creo yo que aquí habrían hartas palabras y desvergüenzas contra el Almirante, aunque agora sobre este caso no lo dice, pero dícelo cada paso, diciendo que sufre a Martín Alonso y a los demás, pues había hallado lo que buscaba, y hasta llevar las nuevas a los reyes sufría, dice, los hechos de las malas personas y de poca virtud, las cuales, contra quien les había dado honra, presumen hacer su voluntad con poco acatamiento.

Estas son sus palabras. Cierto es que como Martín Alonso tuviese la presunción que parece, que le había de pesar que el Almirante mandase restituir los indios a su tierra, que él había por fuerza tomado, y sobre ello que había de haber palabras y

aun barajas. Dice aquí a los reyes el Almirante sobre los indios que aquí mandó restituir, que hacerlo era servicio de Sus Altezas, porque hombres y mujeres eran, y todos suyos los desta isla y los de las otras, en especial los desta, por tener ya el asiento que dejaba hecho en la villa de Navidad, y por tanto era razón de honrar y tratar bien aquellos pueblos, mayormente habiendo en esta isla tanto oro.